

Otros tiempos, otros feminismos.

Panel: Feminismos y cambios sociales, políticos, culturales y económicos en América Latina y el Caribe.

Magdalena Valdivieso Ide
UARCIS CEM UCV

Resumen

Se analiza la situación de los feminismos en ALAC, destacando los cambios producidos en las últimas dos décadas. Se identifican las principales tensiones y desafíos que confrontan en la región. Se muestra la complejidad del contexto de crisis estructural del sistema capitalista, la presencia de nuevos proyectos políticos, la insatisfacción con las democracias liberales y la reanimación de la ciudadanía. Se aborda la situación de los feminismos a partir de las siguientes preguntas: ¿Qué pasa con los feminismos en ALAC? ¿Qué ha cambiado en ellos y qué es necesario continuar transformando? ¿Cuáles son sus aportes para pensar la política? Se destacan los aportes de los feminismos decoloniales que se ocupan de la relación entre patriarcado- capitalismo y colonialidad.

Palabras claves: Feminismos, América Latina y el Caribe, desafíos.

Comparto en este trabajo, percepciones e inquietudes y esbozo algunas propuestas sobre las cuestiones que considero están ocurriendo con los feminismos en América Latina y el Caribe. Intento responder a las preguntas ¿Qué pasa con los feminismos en ALAC? ¿Qué ha cambiado en ellos y qué es necesario continuar transformando? ¿Cuáles sus aportes para pensar la política en la actualidad? ¿Cómo se relacionan y son parte de los movimientos sociales?

La primera de estas preguntas muestra un trasfondo de insatisfacción con la situación actual del feminismo en ALAC. Existe el convencimiento de que venimos de un pasado más esplendoroso, en el que el movimiento tuvo mayor fuerza, mayor capacidad para ubicar en la agenda pública los problemas de las mujeres, un tiempo en el que fue una referencia política reconocida y que ahora luce desordenado, atomizado y atravesado por contradicciones.

De alguna manera, los procesos que ha vivido el feminismo en nuestro continente están registrados en la historia de los Encuentros (EFLAC), que vienen realizándose sin interrupción desde 1981. En ellos se muestran los nudos en discusión, las situaciones organizativas, los objetivos de quienes los convocaron, las tensiones, las convergencias y las divergencias, las rupturas y continuidades y las articulaciones con los temas que los contextos políticos imponían en cada oportunidad. Se revelan también en los “Encuentros”, los signos y expresiones de la transformación necesaria e inevitable de los feminismos, como propuestas ético políticas y como movimiento social, que hoy se perciben como “signos de crisis” y que son también manifestación del proceso histórico que han vivido los feminismos, desde su origen en grupos de autoconciencia, hasta llegar hoy a estar constituidos por millares de organizaciones e individualidades, que se articulan en redes nacionales y transnacionales.

Se han identificado distintos factores como causantes de este proceso complejo de cambio, que nos habla también de las diferencias que se fueron estableciendo entre las feministas. Se ha señalado que la institucionalización de las demandas, provocó que el feminismo se hiciera parte de la “cultura dominante” y dejara de ser percibido como una “contracultura” que se negaba a plegarse al sistema. La institucionalización no fue sólo hacerse parte del “Estado” y de los gobiernos, sino que también hacerse parte de la cooperación internacional, que a la postre implicó para los movimientos de mujeres, asumir las prioridades de las agendas financiadas. No puede sin embargo, dejar de reconocerse que también en

este proceso los organismos internacionales y los Estados, se vieron en la necesidad de abrir espacios para los temas de “género” y que las mujeres pudieron acceder a posiciones de responsabilidad en algunos de ellos. Por otra parte, entre las causas señaladas de la “aparente despolitización y falta de radicalidad” destacan los efectos de haber introducido el aséptico concepto “género” para denominar la desigualdad construida social y culturalmente entre los sexos. En otros trabajos he sostenido, al igual que han hecho antes muchas otras feministas, que la forma como se ha utilizado generalmente la categoría de género, ha vaciado de contenidos políticos el modo de entender las relaciones de poder entre los sexos. La responsabilidad de esta situación, no está en la categoría misma, sino en su apropiación y uso “conveniente” por el pensamiento dominante.

Otros factores contribuyeron a la pérdida de protagonismo del movimiento de mujeres, entre ellos, aunque resulte paradójico, fue el logro de muchos de los objetivos que se propuso que, como dice Virginia Vargas (2002) “ha sido posiblemente el fenómeno subversivo más significativo del siglo XX, por su profundo cuestionamiento a los pensamientos únicos y hegemónicos sobre las relaciones humanas y los contextos sociopolíticos, económicos, culturales y sexuales en las que se desarrollaban”. Pareció a muchas y por supuesto a quienes detentan el poder, que ya habíamos logrado mejorar suficientemente la situación de las mujeres con el acceso al voto, a la educación, al trabajo remunerado, etc. Se instaló así lo que algunas llaman el “mito de la igualdad formal” contemplada en el ordenamiento jurídico, que dista bastante de la igualdad real.

Finalmente, el factor que ha contribuido a balcanizar al movimiento feminista, ha sido la explosión de las diversidades y de las diferencias existentes entre las mujeres, el concepto universal “mujer” dejó hace mucho de representarnos, tenemos diferencias de clase social, lugar de vida, somos viejas, jóvenes, indígenas, negras, lesbianas, mestizas, etc. y aunque nos articulamos y tengamos asuntos estratégicos, que nos interesan a todas, tenemos también objetivos y situaciones sociales distintas, que se evidenciaron cuando la hegemonía de la mujer blanca, heterosexual, de clase media, con educación formal y de vida urbana, empezó a ser resistida y disputada por otras.

El feminismo latinoamericano tuvo una historia ampliamente difundida, ligada a las grandes corrientes y a los hitos del llamado feminismo internacional hegemónico, que se corresponde básicamente con el feminismo europeo y norteamericano. Fue principalmente un feminismo liberal, que si bien hizo grandes aportes a la teoría crítica, no pudo responder a las nuevas demandas de los movimientos sociales, a los profundos cambios ocurridos en América latina y el Caribe, y al relevamiento de la diversidad de las sujetas mujeres. Es por ello, que en la última década se ha producido una separación entre las vertientes liberales y aquellas que cuestionan el conjunto del entramado económico, político, social, ideológico, cultural y simbólico, que sostiene al patrón de poder actual, que es patriarcal, pero es también moderno- colonial y capitalista. No es separable la lucha en contra del “patriarcado” de las luchas por la descolonización y en contra del capitalismo, porque no se trata del “patriarcado” en abstracto, se trata de uno muy preciso, éste que se sostiene sobre la articulación con las otras dominaciones.

Sin duda hay que saldar cuentas con ese pasado que nos resuena, para reconocer que el movimiento feminista en ALAC, está en reconfiguración, que ha cambiado en su composición, en sus intereses y objetivos, en sus modos de organización y que enfrenta hoy otros problemas y desafíos.

Es así como en los últimos años, se ha configurado en Latinoamérica, pero no sólo aquí, un feminismo consciente del peso de la colonialidad y del etnocentrismo, en la producción teórica y en la práctica política, que ha revisado asuntos y categorías medulares en los análisis y propuestas feministas. Estas feministas decoloniales, empeñadas en mostrar los riesgos y errores de las universalizaciones en las que han caído los feminismos hegemónicos del Norte y del Sur, han rescatado historias sobre mujeres olvidadas, excluidas, marginadas, han “perturbado” el orden de la construcción teórica feminista tradicional, dando algunos giros importantes, al ocuparse de la relación entre patriarcado- capitalismo y colonialidad (Yuderkys Espinosa Miñoso, 2009). Con sus estudios estas autoras realizan una

operación de descentramiento y de reescritura de las historias de las mujeres desde la periferia colonial, que permite poner en evidencia la gramática racial que subyace en los regímenes sexuales de la cultura dominante europea y que “colonizó” nuestro quehacer investigativo (Mara Viveros, 2009). Ya en 1992 Colette Guillaumin, utilizó las críticas a la categoría de “raza” para pensar el sexo, y para redefinir a las mujeres, no como un grupo natural sino como una clase social naturalizada. Las pensadoras y activistas decoloniales han trabajado el cruce entre sexo, raza y género, proponiendo nuevas lecturas de la dominación, cuestión que es imprescindible en un continente cuya población es 30% afrodescendiente y 10 % indígena, que es el más desigual y que padece las peores consecuencias diferenciadas por sexo, del proceso de globalización capitalista.

Generar teoría feminista enraizada en nuestro territorio ha obligado a deconstruir la teoría feminista occidental, que hasta ahora había pautado al pensamiento feminista latinoamericano. Muchos han sido los llamados de atención sobre esta condición “occidentalizada” del feminismo en ALAC, se nos ha llamado a “ennegrecer al feminismo” (Sueli Carneiro, 2001) a desarrollar un feminismo del “sur”, a dialogar con las feministas de las naciones originarias, a escuchar otras narrativas. Desde hace ya tiempo algunas autoras, es el caso de María Lugones (2010), ha cuestionado el alcance y uso del concepto moderno de género, sosteniendo que fue una “introducción colonial”. Sus reflexiones permiten destacar el carácter histórico y situado de las relaciones de poder que nombra la categoría de género, y obligan a tener en cuenta que los contextos culturales son los que asignan los roles de género. Por otra parte, hemos comprendido también que el “género” no es suficiente para entender la situación de las mujeres negras, indígenas o mestizas, como tampoco para comprender las relaciones de subordinación que se dan entre mujeres por razones de clase.

Feministas negras, indígenas y chicanas de Norte América, introdujeron el concepto de “interseccionalidad” para referirse a estas desigualdades entrecruzadas. Esta aproximación nos permite visibilizar la forma como los sistemas de poder con base en género, raza, clase, y sexualidad se apoyan mutuamente para producir exclusión, opresión y subordinación. El concepto de interseccionalidad ha sido esencial para evidenciar el eurocentrismo y los legados coloniales que persisten dentro de la teoría y práctica feminista hegemónica occidental.

Sin embargo, todo esta “novedad revelada” entraña desafíos; saludar con entusiasmo que la diversidad se haya hecho presente con los cruces de género, con etnia, identidad sexual, clase, lugar de vida, edad, etc. implica generar un feminismo que sea interclasista, intercultural, obliga a reconocer que el coro tiene ahora más voces y que las plataformas y acciones “comunes” requieren ahora mayor esfuerzo de diálogo, de reconocimiento de diferencias y de construcción de alianzas contingentes.

El feminismo latinoamericano y caribeño histórico, tiene el mandato de renovarse, no porque se hayan alcanzado los derechos civiles, políticos, culturales, económicos y sexuales, por los cuales ha luchado desde siempre, sino porque han cambiado el contexto, las sujetas y las subjetividades y también porque, las desigualdades entre las mujeres se han agudizado con la globalización.

Otros tiempos, otras demandas, otras propuestas.

Constatamos a diario, que los feminismos como propuestas políticas y campos discursivos, están siendo demandados por distintas situaciones y exigidos a responder a los problemas que caracterizan estos tiempos, en los que vivimos una profunda crisis del patrón civilizatorio, que ha intentado universalizarse durante los últimos 500 años.

El logro de la igualdad de las mujeres a partir del reconocimiento de su diferencia (otredad auto definida y asumida) y la lucha para disminuir las inequidades existentes entre los sexos, propósitos históricos, que han guiado el quehacer feminista, se han complejizado en este entorno de creciente desigualdad. De modo que la primera cuestión a tener en cuenta es que el contexto en el que las reflexiones y acciones feministas se desenvuelven en la actualidad, está marcado por una profunda

crisis que tiene manifestaciones: ambientales, hídricas, alimenticias, energéticas, culturales, políticas, financieras, bélicas y no menos importantes, de ausencia de sentidos compartidos. Esta crisis que da cuenta del agotamiento creciente del modelo de organización económica, productiva y social, con sus expresiones en el ámbito ideológico, simbólico y cultural, que de tiempo en tiempo se hace presente en forma dramática y a veces se oculta detrás de nuevos “acontecimientos de primera plana”, tiene distintas consecuencias, la primera de ellas, es la constatación de que los viejos paradigmas ya no son útiles para encontrar salidas, porque lo que está en cuestión y requerimos cambiar es la forma en que vivimos, en la que habitamos el planeta, la forma en la que nos relacionamos entre nosotros/as y con las otras formas de vida.

Los patrones de conocimiento, los modos de entender el bienestar humano, la tecnología, la política, las formas de organización de la producción y de la reproducción, las normas basadas en la superioridad occidental, están siendo confrontadas por posturas muy disimiles, pero que tienen en común el rechazo a toda propuesta y/o explicación con pretensiones “universales”, “unitarias”, uniformadoras y jerarquizantes.

Asistimos a un relevamiento de la diversidad, de la heterogeneidad, de la multiplicidad, de la pluridiversidad, de la interculturalidad, de la transculturalidad, acompañadas por demandas de equidad, inclusión, igualdad y relaciones equilibradas en el conjunto del ecosistema del que, como especie humana, somos parte. No tengo dudas de los aportes hechos por el feminismo, como pensamiento crítico precursor, a estos procesos, al deconstrucción y confrontación con los saberes patriarcales hegemónicos, al resistirse a la homogenización, al cuestionar la universalidad y al constituirse desde sus inicios en un espacio de pensamiento y prácticas cuestionadoras y alternativas éticas, al modelo político - cultural dominante, elaboradas desde lugares subalternizados y desde posiciones marginales en espacios tradicionales. La teoría feminista ha sido también una de las principales fuentes del giro cultural que permitió pensar la complejidad de la construcción social y cultural de la subjetividad, al negar el sujeto humano abstracto y universal y revelar una sujeta concreta, femenina y subordinada.

Al mismo tiempo que se muestran las manifestaciones de las crisis en el modelo de dominación, y que se viven nuevos tiempos políticos en la región, se hace evidente cada vez con mayor fuerza, que este Continente se está pensando a sí mismo. Si bien, históricamente el pensamiento político y social sobre ALAC ha estado atravesado por la tensión entre la búsqueda de sus especificidades y las miradas externas, que han visto estas realidades desde la óptica reducida de la experiencia europea, en las últimas décadas se ha evidenciado la necesidad y se ha fortalecido una “epistemología del Sur”(Boaventura de Sousa Santos,2009). Entendemos la propuesta de Boa Ventura de Sousa Santo como el reclamo de nuevos procesos de producción, de valorización de conocimientos y de nuevas relaciones entre diferentes tipos de conocimiento, a partir de las prácticas de las clases y grupos sociales que han sufrido, de manera sistemática, destrucción, opresión y discriminación causadas por el capitalismo, el colonialismo, el patriarcado y todas las formas de naturalización de las desigualdades. De Sousa Santo, nos invita a generar otras epistemologías que nos permitan pensarnos a nosotros mismos a nosotras mismas. Ya el feminismo se había revelado ante estas usurpaciones epistemológicas que se hacen desde la dominación, cuando sostenía que “lo femenino” ha sido construido desde la masculinidad dominante. Por ello, en la situación de subalternidad de las mujeres del “sur” se cruzan ambas dominaciones y nada garantiza, sino la producción teórica y la práctica feminista, que el pensamiento decolonial, sea también no patriarcal.

Por otra parte, desde finales del siglo XX estamos asistiendo al surgimiento y sostenimiento de variadas formas de resistencias, de construcción de otras formas de convivencia y de múltiples manifestaciones de malestar social. Muchas organizaciones están imaginando y practicando otras formas de vivir y de convivir, sin aceptar el destino implacable que el proceso de globalización, nos presentaba cómo unívoco e inevitable.

Es en este contexto complejo, caracterizado por la presencia de nuevos proyectos políticos, por el debilitamiento de los Estados nacionales, de insatisfacción con las democracias liberales, de nuevas experiencias políticas, de visibilización y protagonismo de otros sujetos y de otras sujetas, de crisis de representación y de reanimación de la ciudadanía, que los feminismos se ven acuciados a responder a nuevas demandas, a actualizarse y a transformarse.

Los temas tratados y las experiencias vividas en los dos últimos Encuentros feministas latinoamericano y del Caribe, celebrados en México en el 2009 y en Bogotá en el 2011, dan cuenta de los nuevos rumbos y también de las dificultades y desafíos que los feminismos confrontan.

En el Encuentro de México se hicieron evidentes las diferencias que generaron tres convocatorias, que marcan las distancias entre las feministas tanto por la ya antigua separación entre autónomas e institucionales, como por las marcadas diferencias políticas: el Encuentro Feminista Autónomo Latinoamericano y Caribeño, el XI Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, contra los fundamentalismos, y el Encuentro Feminista y del Caribe de Trabajadoras de Izquierda, Socialistas y Comunistas. No es un dato menor para entender la complejidad creciente del debate feminista, que mientras se desarrollaba la marcha que cerraba el XI Encuentro “oficial” (20/3/2009), comenzaba éste último, en la sede del sindicato independiente de la Universidad Metropolitana, y que estuviera convocado por Yan María Yaoyólotl Castro, integrante del grupo “Lesbianismo Feminista Comunista”. En el Encuentro de Bogotá, se cumplían 30 años del Primer Encuentro realizado en esa misma ciudad, era una ocasión propicia para mirar retrospectivamente la situación de los feminismos en ALAC. Se convocó bajo los lemas “Desatar, Desnudar y Reanudar”. En esta ocasión se evidenció el cansancio y rechazo de un significativo grupo de feministas con “los financiamientos” internacionales y gubernamentales y se abogó por la “autogestión”. Esta postura pone en evidencia antiguas tensiones, ya en México se criticó fuertemente que el gobierno del DF colaborara, al igual que organismos internacionales e incluso empresas a la realización del Encuentro. Por otra parte también se criticó la exclusión que se producía por los “costos” de la participación. Días antes y como expresión de este malestar se realizó en Bogotá el Encuentro Latinoamericano y del Caribe de Acción y Prácticas Feministas (ELCAP Feminista) que reunió bajo la línea de autogestión y en contra de los liderazgos de expertas y de los presupuestos de la cooperación internacional, a feministas jóvenes. Este espacio estuvo signado por la auto-reflexión, el auto-cuidado, el eco-feminismo y por una perspectiva más autonomista, de auto-sustentación y auto-determinación.

Cómo podemos apreciar, el espacio feminista está atravesado por disidencias, que dan cuenta también de su vitalidad como pensamiento y práctica política en ALAC. La creatividad mostrada por los distintos grupos en los Encuentros, el compromiso permanente con la rebeldía y la crítica, así como el aumento y diversidad de las organizaciones feministas en el continente, nos confirman su vigencia e importancia como movimiento alter hegemonico.

Las principales tensiones y desafíos.

Como propuesta política, el movimiento feminista ha estado presente en los últimos años en el conjunto de nuevas demandas ciudadanas que están recorriendo nuestro continente. Ha sido parte constitutiva del movimiento que se ha ido gestando a partir de los Foros sociales regionales y nacionales, que vienen generando un proyecto cultural alternativo. Ha acompañado y aportado a las movilizaciones sociales en ocurridas en cada uno de los países. Ha sido parte importante en los procesos constituyentes para generar nuevos pactos sociales realmente inclusivos (Venezuela, Ecuador, Bolivia). Ha generado y demandado políticas públicas que contribuyan a la despatriarcalización de nuestras sociedades (Bolivia, 2010).

Así en la actualidad, las feministas, sin abandonar sus objetivos, se involucran fuertemente en los debates sobre la desigualdad social, pobreza, autoritarismo, crisis del planeta, entre otros, y aportan a ellos, su perspectiva ética.

En todo este quehacer político los feminismos han actualizado sus propuestas, profundizado en el análisis de la dominación y logrado alianzas con otros sujetos en situación de subalternidad y principalmente ha “sintonizado” con las demandas de movimientos sociales comprometidos con un cambio profundo del orden político dominante.

Cómo movimiento tiene desafíos a enfrentar que de alguna manera han venido exponiéndose en el trabajo, el principal de ellos, considero es cómo enfrentar las desigualdades entre mujeres, entendiendo que la diversidad y la desigualdad son diferentes.

De hecho, la diversidad y las demandas de inclusión han sido una constante en el feminismo de ALAC, voces disidentes emergieron: de las lesbianas, las mujeres afrodescendientes y las mujeres indígenas. Primero el debate se dio motivado por las feministas transexuales que exigieron ser parte del EFLAC que se realizaba en Brasil y se acordó que participaran en el siguiente Encuentro, las mujeres indígenas tuvieron protagonismo en el Encuentro de México. No obstante es evidente que la diversidad en las identidades sexuales ha estado más presente que la diversidad creada por situaciones de clase social, trabajo, lugar de vida y raza. En esto más que exclusión hubo por muchos años omisión, fueron temas no debatidos. Es así, como en el Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, celebrado en Bogotá en 1981, participaron y se debatió sobre lesbianismo, pero hubo poca participación en la Comisión “Mujer y trabajo” que se auto llamó “comisión huérfana” y planteó a la plenaria que se acordara que para el siguiente encuentro se invitara a “mujeres trabajadoras, campesinas y de los sectores pobladores” (Memorias del Encuentro, 1982:28). Esta situación no cambió significativamente en los encuentros siguientes, este llamado se repitió en los encuentros de Lima (1983) y Brasil (1985) sin llegar a concretarse. Fue hasta Taxco, México (1987) que la convocatoria atrajo masivamente a mujeres de distintos sectores del movimiento amplio y no necesariamente identificadas con el feminismo. Este hecho da cuenta de una cuestión de la que tenemos que hacernos cargo, las diferencias de clase social no se solventan con el reconocimiento de que las mujeres, tenemos problemas en común, por nuestra situación de subordinación patriarcal. El capitalismo introduce otras diferencias, basadas en desigualdades entre las mujeres, que hacen muy difícil hablar de un “nosotras” y en mi opinión, éstas quedan opacadas por la preponderancia que adquieren en nuestros debates los temas sobre la diversidad sexual, quizás por es por esta falta de respuesta que grupos de feministas afro descendientes y de mujeres indígenas, cada vez más numerosos, se organizan de manera autónoma y abren otros espacios.

Los aportes de los feminismos para pensar y hacer política.

Desde nuestro punto de vista, el feminismo “del sur” tiene aportes importantes que hacer a los movimientos populares, tanto para sus reflexiones como para su práctica política de resistencia a la dominación

Consideramos que el principal aporte de los feminismos es la relevancia, visibilidad e importancia que ha otorgado a la “esfera privada” y a los procesos sociales que en ella ocurren. Diversos movimientos sociales apuntan en la actualidad sus esfuerzos en esta misma dirección: defensa de modos de vida no regidos por el mercado capitalista: propuestas de buen vivir, etc.

La crisis actual del sistema capitalista muestra -como sostiene Amaia Pérez Orozco (2012)- la imposibilidad de este sistema para generar “vidas vivibles”.

Es a este debate sobre la “vida en el planeta” que aportamos las feministas con nuestros acumulados de resistencia a la subordinación de la esfera privada a la pública, sin embargo estos aportes son poco reconocidos, porque cuestionan también las jerarquías en los roles de género.

Desde hace años la economía feminista ha mostrado que el aparato productivo se sostiene en el trabajo reproductivo fundamentalmente de las mujeres. Se puede comprobar ahora que la crisis “económica” que ha afectado a algunos países de Europa, no ha tenido efectos de desastre, porque ha sido literalmente “aguantada” por el trabajo de las mujeres en sus hogares (esfera privada), que han acogido a los y las jóvenes y esposos desempleados, cumpliendo con las tareas “usuales” de alimentar,

proteger, contener. Al igual que hemos hecho en todos los períodos de ajustes macroeconómicos, que han significado recortes para los gastos sociales de los Estados, las mujeres nos hemos ocupado de las tareas de cuidado de las personas mayores y de los niños y niñas, y en este caso hemos asumido a los desempleados. Esos trabajos invisibles, los cuidados, son los que arreglan o atemperan, los desajustes que produce el mercado y son los que, además aportan calidad de vida de las personas.

La crisis no es entonces, sólo un tema macro económico, de expertos, ni de estadistas, es un asunto de todos y todas, porque la calidad de vida, depende de aspectos productivos y reproductivos. Esta situación que se ha hecho evidente, nos abre la posibilidad de poner en el centro del debate la sostenibilidad de la vida, que entendemos no sólo como las tareas de cuidado entre las personas sino y especialmente del ecosistema del que somos parte. Hoy recobra sentido la antigua consigna “lo personal es político” y queremos sea objeto de debate social. Es la sociedad en su conjunto que debe decidir cómo asume la responsabilidad de preservar vidas vivibles, hasta ahora, este ha sido un asunto privatizado, es decir, feminizado, invisibilizado, subvalorado. En este propósito, coincidimos las feministas en todo el planeta, porque en tanto no se modifiquen los criterios de productividad y crecimiento, en tanto sigamos adelante con una economía antropocéntrica y se sostenga el desarrollo en la destrucción de la naturaleza, sea por el extractivismo, la tala de bosques, el uso de las aguas para fines productivos, etc., no estaremos garantizando el bienestar de la humanidad.

Un segundo aporte crucial de los feminismos para pensar y hacer política en la actualidad son justamente sus reflexiones y practicas acerca de la diversidad y la articulación. La experiencia feminista es en este sentido, una apreciada, necesaria y pertinente contribución a los movimientos sociales contrahegemónicos, como lo plantea Luciano Fabri (2010).

Un tercer aporte al debate político son las concepciones feministas acerca del poder, como elemento presente en todas las interrelaciones sociales y su carácter polimórfico, unido a la comprensión de las identidades “como productos sociales, cambiantes, fluctuantes, según los contextos, hegemonías y coyunturas políticas”(Ochy Curiel, 2005).

Esta comprensión del poder como polimorfo y de las identidades como productos sociales cambiantes, permite pensar en un/a sujeto/a social plural, diverso/a y heterogéneo/a, compuesto por los múltiples sectores sociales, que se encuentran en una posición de subordinación ante las diversas modalidades de ejercicio asimétrico del poder y nos aleja de las búsquedas del sujeto privilegiado de cambio. Esta concepción se refuerza con la categoría de “sistema de dominación múltiple”, que ha sido utilizada por feministas para entender el patrón de dominación, ya que “con ella podremos integrar diversas propuestas emancipatorias que hoy aparecen de cierta manera yuxtaponidas y evitar de esta forma viejos y nuevos reduccionismos ligados a la predeterminación abstracta de actores sociales a los que se les asignan a priori mesiánicas tareas liberadoras” (Valdés Gutiérrez, 2001: 49).

Un cuarto aporte son las prácticas democráticas y la construcción de relaciones sociales no jerárquicas que han caracterizado a las organizaciones de mujeres,

Consideraciones finales

La diversidad feminista latinoamericana y caribeña está haciéndose cargo, con las tensiones que ello implica, de la multiplicidad de orígenes y condiciones sociales de las mujeres de la región.

Estamos queriendo saber también con qué nos confrontamos, cuales son las formas adoptadas el patriarcado y esta pregunta tiene distintas respuestas en ALAC, que es un continente heterogéneo y con una alta polarización social, en el que hoy se desarrollan múltiples procesos sociales de resistencia, en contextos neoliberales como es el caso de las masivas movilizaciones en el 2011 en Chile y en contextos de construcción de alternativas al capitalismo, como ocurre en Venezuela, Ecuador y Bolivia.

No obstante si algo tienen en común los Estados en ALyC, es que continúan teniendo una importante carga patriarcal, asentada en su carácter colonial, de modo que las feministas desarrollamos distintas estrategias e en nuestros países para avanzar en el proceso de “despatriarcalización” de las sociedades,

de las relaciones de poder que las sustentan y de la política, como espacio en el que se desenvuelven las dinámicas de dominación, resistencia, conflictos y negociaciones.

Para cerrar quisiéramos reafirmar la vigencia de las perspectivas feministas que constituyen una poderosa corriente subversiva contra el patrón de poder que ha llevado a la humanidad al límite de la sobrevivencia e insistir en la imperiosa necesidad de abrir los feminismos al diálogo con otras propuestas contra hegemónicas, puesto que nos espera un largo periodo de conflictos y resistencias, ante los esfuerzos del capitalismo por mantener y asegurar su hegemonía.

Bibliografía.

Curiel, Ochy. (2009) "Descolonizando el feminismo: una perspectiva desde América Latina y el Caribe". Ponencia presentada en el Primer Coloquio Latinoamericano sobre Praxis y Pensamiento Feminista realizado en Buenos Aires en junio de 2009, organizado por el grupo Latinoamericano de Estudios, Formación y Acción Feminista (GLEFAS) y el Instituto de Género de la Universidad de Buenos Aires

de Sousa Santos Boaventura (2009) Epistemología del sur. México: siglo XXI Editores, 2009)

Espinosa Miñoso, Yuderkys (2009) "Etnocentrismo y colonialidad en los feminismos Latinoamericanos: Complicidades y consolidación de las hegemonías feministas en el espacio transnacional". En Revista Venezolana de Estudios de la Mujer v.14 n.33 Caracas dic. 2009

Fabri, Luciano (2010) Diversidad y articulación. Aportes feministas al debate sobre el sujeto del cambio social. Revista Herramienta N° 45

Guillaumin Colette(1992): Une societe en ordre. De quelques-unes des formes de l'ideologie raciste. Sociologie et Societes,XXIV, 2, pp. 13-23. Traducción de Camila Pascal, en Cuaderno de trabajo AFRODESC/ EURESCL N° 8, Estudiar el racismo. Textos y herramientas, México, 2010

Lugones, María (2010) "Hacia un feminismo decolonial".Revista Hypatia, vol 25, No. 4 (Otoño, 2010). traducido por Gabriela Castellanos.

Perez Orozco, Amaia. (2012) "De vidas vivibles y producción imposible", en América Latina en Movimiento. Disponible en <http://alainet.org/images/Amaia%20Orozco.pdf> [Accesado 3

de diciembre de 2012]

Sojo, Ana; Mujer y política. Ensayo sobre el feminismo y el sujeto popular, Departamento Ecueménico de Investigaciones, San José de Costa Rica, 1988.

Valdés Gutiérrez, Gilberto; "Hacia un nuevo paradigma de articulación (no tramposo) de las demandas emancipatorias", en Artículos y Ensayos Utopía y praxis latinoamericana, Año 6, N° 14, Universidad de Zulia, Maracaibo, 2001.

Viveros Vigoya. Mara (2009) "La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual". Revista latinoamericana de estudios familia. Vol. 1, enero - diciembre, 2009. pp. 63 - 81